

tivo de maestros y al control al que se vio sometida la educación por su importancia como instrumento para la socialización de la población en los valores inspiradores del “Nuevo Estado”.

En el capítulo octavo, “Permaneced vigilantes y en alerta”, J. Prada pasa revista al aparato represivo que se montó a partir de la finalización de la guerra, destacando su virtualidad para, en combinación con los mecanismos de control social y las diferentes fórmulas empleadas para la generación de consensos, garantizar la supervivencia del régimen sin grandes sobresaltos durante cuatro décadas.

El libro se cierra con un balance en el que el autor sintetiza los puntos comunes y las diferencias de la represión desatada en los dos bandos. Este ejercicio es muy útil para obtener una radiografía global de ambos procesos represivos alejada de esas visiones maniqueas que todavía reaparecen cíclicamente en la actualidad. Completan la obra unas elaboradas tablas y mapas que ofrecen una radiografía provincial sobre el número de víctimas de la represión de los dos bandos a la luz de los trabajos publicados en los últimos años. El autor, prudentemente, se refiere en varias ocasiones al carácter provisional de estas cifras, no sólo por la existencia de importantes lagunas en muchas provincias, sino también por la diferente metodología con la que se han elaborado, por no hablar de las dificultades para encontrar un consenso acerca de lo que debe entenderse por “víctima”, incluso cuando nos ceñimos a la “represión física con resultado de muerte”.

No podemos dejar de señalar la capacidad que tiene el autor para llevar a cabo esta síntesis, con cuya lectura no faltarán lectores que se cuestionen muchos de los tópicos tradicionalmente aceptados, lo que la convierte en una obra de referencia para avanzar en el conocimiento de un “pasado incómodo” que todavía se resiste a quedar encerrado en el ámbito de la Historia.

Ana CEBREIROS IGLESIAS
Universidad de Vigo

RUPÉREZ, Javier. *Memoria de Washington*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2011, 333 pp.

En los tiempos que vivimos, en los que la aceleración de la historia y la narración en tiempo real de acontecimientos de repercusión global se erigen como rasgos definitorios de la época, la publicación *Memoria de Washington*, de algún modo, no nos sorprende. Dada la intensidad y la notoriedad de los acontecimientos que a ambos lados del Atlántico acaecieron durante los mandatos de George W. Bush y José M^º Aznar, el estudio de las relaciones hispano-norteamericanas durante este “correinado” era un trabajo ciertamente esperado por todos los interesados en la política exterior española, una vez que los ciclos políticos de ambos dirigentes han concluido. Lo verdaderamente notorio es que sea el embajador español en los Estados Unidos durante este periodo quien relate esas relaciones.

Efectivamente, a diferencia de otros países de nuestro entorno, no es tónica habitual la práctica memorialística entre la clase política (o diplomática) española, si bien, en los últimos tiempos, se ha ido corrigiendo paulatinamente esta tendencia, con el legado de apreciados testimonios por parte de destacadas personalidades públicas de nuestra reciente historia, algunas de las cuales se mantienen en activo. La aparición de estas memorias supone por tanto un motivo de satisfacción, no solamente para aquellos especialistas que desde diferentes disciplinas se acercan a la política exterior española, sino también para todos aquellos ciudadanos -que no son pocos- interesados en conocer de primera mano los testimonios de nuestros políticos y representantes públicos.

Por su trayectoria y responsabilidades desde la transición a la democracia, Javier Rupérez es sin duda uno de los más reconocidos representantes españoles del panorama internacional de los últimos treinta años. En 1965 ingresó en la carrera diplomática, y tras sus primeros destinos arribó a la capital finlandesa, donde participó en la delegación española en la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), entre 1972 y 1975, que culminaría con el Acta Final de Helsinki. En 1976 y 1977 fue jefe de gabinete de Marcelino Oreja, primero subsecretario y luego ministro de Asuntos Exteriores, y más tarde desempeñó la dirección de la delegación española en el período de sesiones de la CSCE en la Conferencia de Madrid, entre 1980 y 1982, y fue nombrado primer embajador efectivo de España en la Alianza Atlántica, hasta la victoria electoral del PSOE. Desde entonces y hasta el periplo norteamericano recogido en estas páginas, Rupérez aparcó su actividad diplomática para desempeñar responsabilidades políticas, donde igualmente ha venido participado intensamente, resultando de esta combinación un particular perfil que no responde ni al de diplomático ni al de político al uso, según confiesa el autor.

Sus primeras sensibilidades políticas se forjaron en las Juventudes Demócrata-cristianas, desde donde se incorporó a Izquierda Democrática, partido en el que permaneció hasta 1977. Desde entonces y hasta 1982 militó en las filas de UCD, siendo miembro ininterrumpido de su Comité Ejecutivo y su secretario de Relaciones Internacionales. Diputado en la I Legislatura, fue secuestrado por ETA a finales de 1979 y liberado después de un mes en cautiverio. Tras las elecciones de 1982 se incorporó al PDP, llegando a ocupar su presidencia. La coalición electoral de esta formación con AP determinó su elección como diputado autonómico en la Asamblea de Castilla-La Mancha, su nombramiento como senador entre 1983 y 1986, y su elección como diputado nacional en la III Legislatura, entre 1986 y 1989. Tras la ruptura de la coalición, encabezó Democracia Cristiana, formación que quedó definitivamente integrada en 1989 en el refundado Partido Popular. En su etapa popular, fue vicepresidente del partido (1989-1990) y miembro de la Comisión Ejecutiva (1990-2000). Diputado entre 1989 y 2000, presidió las comisiones de Asuntos Exteriores y de Defensa del Congreso. Entre otras responsabilidades fue presidente de la Asamblea Parlamentaria de la OSCE (1994-1996), de la Internacional Demócrata-cristiana (1998-2000) y de la Asamblea Parlamentaria de la OTAN (1998-2000), además de encabezar numerosas delegaciones españolas en distintos foros e iniciativas internacionales.

No siendo recompensado con la cartera de Asuntos Exteriores u otras responsabilidades ministeriales tras la segunda victoria electoral de Aznar, Rupérez renunció a cargos de índole política, solicitando su reincorporación a la carrera diplomática. Bien es cierto que se postuló para representar a España ante Naciones Unidas, tal y como el protagonista narra en estas memorias, recayendo definitivamente en Washington a propuesta del presidente del Gobierno. Tras su etapa en la capital estadounidense, fue nombrado Director Ejecutivo en el Comité contra el Terrorismo de las Naciones Unidas, cargo que ocupó hasta 2007. Desde entonces y hasta la actualidad es cónsul general de España en Chicago.

Durante la embajada de Rupérez en los Estados Unidos concurren una sobreactuación de la participación norteamericana en la sociedad internacional, como resultado de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, así como un decidido acercamiento entre España y los Estados Unidos o, si se prefiere, entre Aznar y Bush, resultado de diversos condicionantes, prioridades e intereses nacionales mutuos que en definitiva vinieron a reformular la agenda de las relaciones exteriores españolas.

Las sostenidas entre Madrid y Washington han sido unas relaciones que se han visto sometidas desde mediados del siglo XX a diferentes fases y coyunturas. Desde que se firmaran los Pactos de Madrid en 1953 y hasta el final del franquismo, la conexión bilateral bien puede resumirse como la concesión de bases y facilidades militares en suelo español para disfrute de las tropas norteamericanas a cambio de la correspondiente ayuda estadounidense a los ejércitos españoles en forma de créditos y material operativo. Por mucho que en sucesivas renovaciones se le cambiara el ropaje, lo cierto es que la sustancia de la relación entre ambos países durante la dictadura se tejió sobre los fundamentos básicos de la cooperación defensiva y militar. Con el establecimiento de la democracia y la adhesión española a la OTAN se identifica la apertura de una nueva etapa en las relaciones hispano-norteamericanas. En este sentido, los primeros gobiernos de Felipe González se caracterizaron por situarlas en el plano de igualdad formal que había de presidir la relación entre dos estados democráticos, máxime una vez que España entraba a formar parte de las Comunidades Europeas y ratificaba su pertenencia a la Alianza Atlántica mediante referéndum. El nuevo marco de relaciones quedó materializado en el Convenio bilateral firmado en 1988.

Tras el fin de la guerra fría España participó en 1991 y 1999 en las coaliciones que bajo liderazgo estadounidense liberaron Kuwait de la invasión iraquí de un lado y atacaron posiciones serbias en la guerra de Kosovo de otro. En palabras del autor, la política exterior española hacia los Estados Unidos se hallaba en una fase de continuidad cooperativa que situaba el tono de las relaciones al momento de su llegada «en un satisfactorio nivel». Tras la primera victoria electoral de Aznar en 1996, efectivamente predominó cierto continuismo en las relaciones españolas con Washington, reorientándose éstas en la segunda legislatura popular hacia un indisimulado acercamiento a la Casa Blanca, ocupada desde enero de 2001 por George Bush.

Desde su llegada a Washington en julio de 2000 y hasta su despedida de la capital norteamericana, en junio de 2004, el embajador Rupérez pasa revista a diferentes vicisitudes acaecidas durante su estancia en la capital del Imperio, tal y como el protagonista se refiere al distrito sito a orillas del río Potomac. En el texto se entremezclan

sutilmente el relato propio de los asuntos de Estado y las prácticas diplomáticas con otras aproximaciones más circunstanciales y en ocasiones anecdóticas, aquellas que en muchos de los casos nos transmiten la idiosincrasia de instituciones, organismos, sociedad civil o medios de comunicación norteamericanos. Al menos de la parte del *stablishment* que se asoma a las páginas del libro, selectiva muestra de una maquinaria política, económica y militar de capacidades y dimensiones desproporcionadas. Asimismo, el lector no deja de ver enriquecido el relato con aderezos que a retazos permiten entrever el funcionamiento propio de la cancillería y las relaciones del veterano diplomático con los poderes federales o con ejemplos varios del cotidiano quehacer del embajador.

El relato no sigue una secuencia cronológica, sino que en cada uno de los capítulos se aborda un aspecto o tema concreto de las relaciones bilaterales durante la embajada de Rupérez. No obstante, como por otra parte cabe esperar, es inevitable que en aras de una adecuada contextualización el texto contenga las lógicas referencias a circunstancias o escenarios colaterales. En este sentido, cabe destacar el ritmo de quien escribe, atrapando al lector con un fino estilo, que evidencia un profundo conocimiento de la sociedad y la clase política norteamericanas, un apreciable gusto por la historia y no pocos detalles de sutil ironía.

De este modo, y careciendo de un hilo conductor, los diferentes aspectos que el embajador trae a colación bien pueden abordarse de forma independiente. Así, en los veintiún capítulos se suceden diferentes episodios, que, entre otros temas, abordan la presentación de cartas credenciales al presidente Clinton en la Casa Blanca; el insólito proceso electoral que a la postre daría la victoria a Bush; la visita de los Reyes a tres estados del sur de los Estados Unidos; la visita de Bush a España; los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la posterior campaña en Afganistán; la construcción de la nueva residencia del embajador español en Washington; las vicisitudes de la comunidad vasca en Boise (Idaho); los prolegómenos a la invasión de Irak, el desarrollo de la guerra y el panorama internacional y doméstico tras la definitiva ausencia de armas de destrucción masiva; las estancias de Aznar en los Estados Unidos; los atentados del 11 de marzo en Madrid; o la victoria electoral del PSOE en las elecciones de 2004 y los primeros contactos del nuevo gobierno español con la administración norteamericana.

En esta “microhistoria”, tanto por el marco temporal como espacial en el que el relato de desarrolla, encontramos magníficos pasajes. Particularmente subrayables son la recepción de Clinton en la entrega de cartas credenciales y las diferentes reuniones y encuentros entre Bush y Aznar, donde los entrecuñados -supuestos enunciados presidenciales- confieren a estas secuencias un extra de veracidad, humanizando a los protagonistas de los mismos y acercando al común de los lectores a usos y prácticas propios de la alta política que quedan lejos de ser habitualmente conocidos. Pero además de aproximarnos a las personalidades presidenciales, eje sobre el que se apoya parte de la narración, el texto se adorna y enriquece con la aparición de otras relevantes figuras de la reciente política estadounidense: Colin Powell, Condoleezza Rice, Donald Rumsfeld, Dick Cheney... amén de diferentes funcionarios, senadores o congresistas norteamericanos, nombres todos que personalizan la acción política de los Estados Unidos.

Prologado por José M^a Aznar, quien no escatima elogios a la persona del «magnífico embajador, con oficio diplomático, sentido político y leal al Estado», *Memorias de Washington* es en definitiva un testimonio imprescindible para quien quiera conocer muchas de las claves y códigos que están presentes en las relaciones entre España y los Estados Unidos.

Imprescindible testimonio, indudablemente. Si bien testimonio de parte; de parte interesada en la trama. No en vano, en el momento en que el libro deja de concebirse como una amena serie de relatos y de vivencias personales, tornándose en una fuente histórica de primer orden, habremos de acercarnos a sus páginas con ciertas dosis de cautela, ejerciendo la ortodoxia que establece el buen manual de historiador y aplicando la consabida crítica documental, una de las más señeras prácticas metodológicas de este oficio nuestro.

Para el protagonista, nunca España estuvo tan considerada como entonces por su aliado americano. Más allá de ésta, la tesis subyacente a estas memorias, lo que está fuera de duda es que la sintonía y relación entre sus líderes nunca había sido tan frecuente y cercana. De esta forma, la puesta en valor de las relaciones españolas con Estados Unidos en la segunda legislatura de gobierno de Aznar contrasta con el modo con que el autor presenta los condicionantes sobre los que su sucesor en La Moncloa cimentará los vínculos con Washington. Para Rupérez, la determinación de Rodríguez Zapatero de retirar las tropas españolas destinadas en Irak -uno de los compromisos adquiridos por el líder socialista durante la campaña electoral- y el modo en que la retirada fue llevada a cabo por el nuevo gobierno español, vendrían a inaugurar una nueva etapa en las relaciones entre España y los Estados Unidos.

Así, para el autor, con la política exterior socialista se habría pasado desde «el mejor de los entendimientos nunca establecido entre los dos países a un estado de lejanía que bordeaba la abierta enemistad». Un criterio que habrá de someterse a la comparación con aquellas otras opiniones que han preferido ver en este entendimiento entre Madrid y Washington un proporcional distanciamiento al eje franco-alemán -a la *vieja Europa* o al *corazón de Europa*, a decir de unos o de otros. Porque indirectamente, el libro deja sobre el tapete algunos interrogantes sobre las eventuales oscilaciones de la política exterior española: ¿Una relación privilegiada con los Estados Unidos ha de conllevar la renuncia a ser un estado de referencia en el seno de la UE? Más aún, ¿se debilita la Unión si alguno de sus miembros mantiene un canal especialmente activo con Washington respecto del resto de los 27?

Habrá quienes entiendan esta etapa de proximidad hispano-norteamericana como un periodo de creciente peso, como una fase de influencia -o al menos de mayor visibilidad- por parte de España en el tablero de las relaciones internacionales. Como una quiebra de la tónica general de su política exterior durante los dos últimos siglos, determinada por la consideración española como una potencia de tipo medio al sur de Europa. Por el contrario, para otros, este periodo vino a suponer una entrega, un infructuoso sometimiento a la gran potencia, sin mayor contrapartida que las que pudieran obtener las personales aspiraciones de un presidente del Gobierno cuya retirada de la escena política tenía decidida desde hacía tiempo. Quizá no tengamos la suficiente perspectiva como para dictar alegre sentencia y determinar si la relación entre

España y los Estados Unidos durante la embajada de Javier Rupérez responde a unas consideraciones o a otras.

Puede que no se trate ni de unas ni de otras. O quizá se trate de todas ellas.

Ángel LINARES SEIRUL-LO
Ministerio de la Presidencia
Linares_angel@hotmail.com

VILAR, Juan Bautista y VILAR, Mar. *El primer hispanismo británico en la formación y contenidos de la más importante biblioteca española de libros prohibidos. Correspondencia inédita de Luis de Usoz con Benjamín Wiffen (1840-1850)*, CIMPE, Sevilla, 2010, 522 pp.

Muchos son aún los personajes del XIX español relativamente poco –o nada– conocidos por el gran público. Uno de ellos es el bibliófilo, polígrafo y literato español Luis de Usoz y Río (1805-1865). Pero este hueco está siendo completado desde hace años con los estudios del investigador murciano Juan Bautista Vilar, catedrático de Historia Contemporánea. El profesor Vilar ha publicado en 2010 una obra que saca a la luz la correspondencia de Usoz con el hispanista inglés Benjamin Barron Wiffen, relación epistolar imprescindible para entender la formación de la colección privada de libros prohibidos más importante de España. En esta ocasión el doctor Vilar ha contado con la inestimable ayuda de la profesora titular de filología inglesa Mar Vilar, coautora del libro.

La obra acerca al lector a la sugestiva personalidad de Luis de Usoz y Río, erudito nacido en Cuquisaca, Perú, donde su padre era oidor decano de la Audiencia de Charcas. Joven aún, tras quedar huérfano de madre, vino a España y después de permanecer un tiempo en Madrid marchó a Bolonia. Allí fue colegial del antiquísimo Colegio Mayor de San Clemente de los españoles, fundado por el cardenal don Gil de Albornoz en el siglo XIV. En el ateneo boloñés obtuvo el doctorado en derecho canónico y civil y pudo trabajar en la biblioteca del Colegio, de la que fue bibliotecario. Esta colección rica en códices, manuscritos e incunables, despertó en Usoz la pasión por los libros que cultivaría hasta su muerte. Durante toda su juventud estudió los clásicos castellanos, alguno de los cuales glosó y editó, y realizó traducciones del hebreo, griego y latín, colaborando, además, con alguna de las mejores revistas de su época.

De vuelta a España contrajo matrimonio con María Sandalia del Acebal y Arratia, viuda y sin hijos, que debido a su fortuna personal le proporcionó una estabilidad económica que le permitió iniciar uno de los proyectos bibliográficos más importantes de la España del momento. En los últimos años de la década de los 30, Usoz rescató del olvido varios heterodoxos españoles y leyó tratados del reformismo británico, en particular de la doctrina cuáquera. Eso hizo que su vida diera un viraje completo y se consagrara al estudio de los cuáqueros y de los reformistas españoles